

LA REVISTA LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XIII

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria, 53

COLABORADORES:
TODOS LOS SUSCRIPTORES NÚM 602

OCASION

CAPAS PARA SEÑORA
Las más nuevas y baratas, casa de
CLEMARES
PLATERIA 56.

Venta por cuenta del fabricante.
También acaba de recibir esta casa los nuevos surtidos de artículos de temporada.

Boas Pluma
Cuellos Piel

Esta antigua y acreditada casa es la primera en novedades de artículos para modelos.

MURCIA 10 DE NOVIEMBRE DE 1901

COSAS DE LA VIDA

I

Nos hallamos en un gabinete coquetamente adornado, en el que reina bastante oscuridad; tan sólo es iluminado á ratos por las débiles llamas de una chimenea, cuyo fuego se va amortiguando poco á poco.

Una mujer joven se halla reclinada en una elegante marquesita. Está durmiendo, pero su sueño no es tranquilo, pues multitud de gritos incoherentes salen de su garganta.

Se halla despeinada; sus largos y hermosos cabellos rubios, cual las lozanas espigas, caen casi todos sobre el respaldo de la marquesita, y otros la tapan en parte su hermoso aunque pálido rostro.

¡Qué cara tan agelica! Sus ojos cerrados por el sueño forman dos gruesas rayas, sus largas pestañas se inclinan lángui-

damente hacia abajo. Una doble fila de nacarados dientes se deja ver entre sus separados labios.

Se halla en la mejor edad, en donde nacen los amores; sin embargo, aquel rostro denuncia su frimiento, con arrugas. A pesar de su juventud, algunas rayas surcan ya su ancha frente.

¿Qué historia es la suya? ¿Qué contrariedades serán las que ella sufrirá?

¿Su historia? de las más sencillas. ¿Sus sufrimientos? Motivados por el amor.

Ella amó con frenesí, con locura, á un hombre, Fernando. El correspondía á su cariño. Ambos pensaban unirse mediante el es' recto lazo del matrimonio; tan sólo le detenía á él la terminación de su carrera; en cuanto la terminara, pediría permiso á sus padres y se casarían. Ella no tenía que pedirle, porque no tenía padres: era una de esas hijas del pecado, que desde el momento que nacen, la desgracia se cierne sobre sus cabezas; no conoció á su madre, no sintió su cariño, no recibió sus caricias llenas de dulzura, sus apretados besos y, por último, ese interés que sólo las madres se toman por sus hijos.

Pero ya ella no pensaba en eso, tenía á su Fernando, se casarían y formarían un nido de amor que sería envidiado por todos—¿No es verdad que lo formaremos?—decía ella. —Si, Maria,—contestaba él.—Y así vivieron dos años formando castillos en el aire, pensando en el porvenir y creyéndole lleno de albricias y alegrías; pero estas últimas duraron poco. Una pequeña nube vino á tapar en parte aquel bello horizonte que ella vislumbraba.

Empezaba la primavera, y con

ella el calor, y las flores abrían sus cubiertas florales suavemente movidas por la brisa.

María empieza á notar en Fernando una frialdad extremada.

Los celos empezaron á picarla con su afilado aguijón. Un día le dijo:—Fernando, tú no me quieres—Si, Maria, ¿por qué no?—contestó él. Varias veces repitió la pregunta, obteniendo siempre la misma contestación, pero cada vez iba acentuándose más su frialdad. Unos cuantos días dejó de ir á verla, y otros tantos pretextos tontos saieron de su boca; por último, un día recibió una carta en la cual Fernando se despedía de ella y le notificaba que su padre, que estaba en Paris, le habia mandado un telegrama con una noticia importantísima y que se marchaba aquel mismo día, siéndole imposible despedirse de ella personalmente.

Ante tal noticia, Maria quedó anonadada; con rabia rompió la carta, dejándose caer en una butaca.

Una hora después, una mujer vestida de negro y recostada en el interior de un coche de punto se dirigia rápidamente á la estación del Norte. Allí, escondida entre la gente, pudo ver á Fernando del brazo de una mujer alta, esbelta, tapada la cara con un buen tapido velo que hacia imposible verla el rostro.

La mujer que escondida entre la multitud los espiaba era Maria; por un momento pensó salirles al encuentro, acercarse á él, recriminarle, echarle en cara su mala conducta; pero una fuerza invisible la sujetaba, una voz interior le decía que los dejase.

Partió el tren, y Maria, tomando un coche, se dirigio á su casa.

Desde aquel día cayó rápidamente encima, la anemia se apo-

deró de ella, al mismo tiempo que una tristeza la invadía completamente. Así es como la encontramos al principio de este artículo.

II.

Dos años después, en la Castellana:

—Oye Antonio, mira aquel coche, ¿quiénes la que va dentro?

—Carmen F.

—Es verdad, no la habia conocido

—¿Vamos á sentarnos?

—Como gustéis.

—Mira la condesa***

—Está la mar de guapa.

—Oye, ¿quién viene en aquel carruaje tan elegante?

—Espera que esté más cerca.

¡Ah! Si es Maria C.

—¿Maria? ¿No estaba mala?

—Curó, hombre, y hasta se ha echado otro Fernando.

—¿De veras?

—Si, chico; cosas de la vida.

CARLOS PRIMELLES.



TUS OJOS

(— 103 —)

Cuando miran tus ojos, niña hechicera, del fuego que desprenden todo lo queman.

¡Ay! No me mires, que con tanto mirarme todo me fries.

Y aquel día sereno y de alegría que con una mirada me diste vida, con más contento pasé aquellos minutos que años viviendo.

EDUARDO ARIAS.

